

Distinguida doña Cándida Montilla de Medina,
Primera Dama de la República

Eminencia Reverendísima Cardenal Nicolás de J.
López Rodríguez

Monseñor Agripino Núñez Collado, Rector Magnífico
de la PUCMM

Monseñor Tadeus Okolo, Nuncio Apostólico de Su
Santidad Francisco

Dr. Milton Ray Guevara, Presidente del Tribunal
Constitucional

Dr. Julio César Castaños Guzmán, Vicepresidente
Suprema Corte de Justicia

Ex Embajadores ante la Santa Sede

Magistrados del Tribunal Constitucional y Poder Judicial

Distinguidos amigos y amigas:

Hace hoy un mes asistimos junto a la Primera Dama Cándida Montilla de Medina a la ceremonia de un hecho histórico.

La Canonización de dos Papas, Juan XXIII y Juan Pablo II, en homenaje a quien nos reunimos esta noche, con la presentación de esta obra, contentiva de nuestras vivencias durante casi cuatro años que servimos la Embajada ante la Santa Sede.

Pero en ocasión de este evento sin precedentes en los dos mil años de nuestra Iglesia, hemos querido aprovechar el mismo, para dar a conocer no solo lo vivido en ese lapso, sino resaltar la grandeza de alma, la voluntad, la inteligencia y tacto con que se manejó San Juan Pablo II en sus casi 27 años de pontificado, el tercero más largo en la historia de la Iglesia, después de los de San Pedro y Pio IX y en que con una personalidad cargada de

alto sentido humano, firmes y arraigadas convicciones sociales y profunda confianza en el Supremo Hacedor, contribuyó a la unificación de un mundo que había sido dividido por los intereses de los hombres, tratando de imponer formulas materialistas, divorciadas del sentido cristiano y humano con que Dios nos creó.

Por primera vez, un papa viajó a todos los Continentes llevando un mensaje de unidad y defensa de los pobres, aprendió doce idiomas, para *“poder comunicarme con los pueblos en su lengua”* como dijera cuando programó su primer viaje a República Dominicana en enero de 1979 a tres meses de su ascenso al trono de Pedro y seguido, cada mañana a las 5 comenzaban sus clases de nuestro idioma y cuando vino al país leyó todos sus discursos en un perfecto español.

Para esa gran tarea venció todos los obstáculos que se le presentaron, incluyendo el más grave de todos, el atentado contra su vida, algo tampoco nunca antes visto en la historia de la Iglesia.

Enfrentó con firmeza y tacto el imperio soviético, del que había sido su país víctima y él mismo, que lo vivió en carne propia desde su juventud, trabajando en canteras de

piedras en Polonia y teniendo que comenzar sus estudios sacerdotales bajo el dominio de la Alemania nazi.

Combatió por igual lo que llamó “capitalismo salvaje”, o el control monopólico con que querían dominar la economía del mundo, los enormes capitales de los grandes países.

Con una voluntad de hierro se dispuso desde su ascenso al trono de Pedro, llevar sus mensajes a la mayor cantidad de países, para lo que realizó 104 viajes a 128 países, más de la mitad del mundo.

Venció con sus predicas y la verdad, las doctrinas contrarias a la Iglesia buscando solución a los problemas de nuestras sociedades.

Participé en Asís en una trascendental reunión del papa con los principales líderes religiosos del mundo, abogando por la unidad de todas las Iglesias.

Conocí y compartí con un papa vigoroso, fuerte, atlético, de mente ágil y caminar de pasos firmes.

Pude ver como los contactos personales con los pueblos del mundo le significaron una mayor comprensión de los

problemas humanos y poder ser mejor intérprete de sus sentimientos para hacer llegar al alma de estos, la potencia de la fuerza de Cristo.

Pude percibir como luchó hasta lo indecible por visitar Croacia, pequeño reducto cristiano en aquel mundo oprimido y las reiteradas veces que le negaron el permiso de entrada a esa región de los Balcanes.

Venció con sus prédicas la falsedad, propugnando sin desmayo por la implantación de la doctrina social de la Iglesia, como solución a los problemas de la humanidad.

Visitó República Dominicana en tres ocasiones, lo que fue superado tan solo por ocho países de los 128 visitados y las dos últimas veces, relacionados con el acontecimiento de mayor relieve en la historia de nuestro Continente, al ser nuestra Isla el pórtico por donde entró a América la luz del Evangelio.

No olvidaré nunca, jamás olvidaré cuando a invitación suya le acompañé en su segundo viaje a nuestro país en 1984, que al bajar del avión en la puerta de la nave se detuvo, y me dijo estas palabras inolvidables:

“Embajador, llegamos a Santo Domingo, donde se colocó la primera cruz, se cantó la primera misa y por donde entró el Evangelio al Nuevo Mundo, por eso quiero tanto su país. Bajemos”, termina la cita.

Ese era Juan Pablo Segundo, un ser excepcional de una humildad extraordinaria.

Bien podríamos los dominicanos con esta atención dada por San Juan Pablo II a nuestro país, promocionar a Santo Domingo como “Cuna de la Evangelización de América”, así como es conocida y llamada en todo el mundo “Ciudad Primada de América”, además de haber sido declarada por la UNESCO “Patrimonio de la Humanidad”.

Y ese título se lo deberíamos a San Juan Pablo II, quien en sus diferentes Homilías y discursos pronunciados en nuestro país en sus tres viajes, los que aparecen recogidos en la obra que ponemos en circulación esta noche, se puede ver como resaltó, el hecho histórico que lo trajo a nuestra tierra en sus dos últimos viajes: ***celebrar el “Quinto Centenario de la Evangelización de América”*** lo que para él constituyó una de sus grandes satisfacciones.

Veamos en este párrafo de su discurso al pisar tierra dominicana por tercera vez, como se reconfirma lo que acabamos de decir:

“Me llena de gozo encontrarme nuevamente en esta tierra generosa, que en los designios de Dios fue predestinada para recibir, hace ahora cinco siglos, la Cruz de Cristo, que alargando sus brazos de misericordia y amor, llegaría a abarcar la totalidad de aquel mundo nuevo que un 12 de octubre de 1492 apareció radiante a los ojos atónitos de Cristóbal Colón y sus compañeros”.

Somos el único país del mundo que exhibe en el centro de su Escudo Nacional colocado en la bandera, la Biblia abierta en el capítulo 8 versículo 32 del Evangelio de San Juan que dice: **“Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”**, y encima una Cruz, como manda nuestra Constitución en su artículo 32, lo que habla muy alto del profundo sentido cristiano de nuestro pueblo y sus insignes fundadores.

Leerán ustedes en esta nueva obra, detalles relevantes de la grandeza de alma de San Juan Pablo II, como fue la visita el 27 de diciembre de 1983 a la cárcel a Alí Agca, para otorgarle el perdón a quien quiso asesinarle.

Así también verán, confesado por su autor, el verdadero móvil y los principales responsables de ese vil atentado.

Verán igualmente parte del extenso diálogo en la ceremonia de nuestra presentación de Credenciales, movido el papa por su interés en conocer particularidades de Centroamérica, víspera de un dificultoso viaje a Guatemala y Nicaragua en marzo de 1983, del que hizo referencia su eminencia reverendísima, Monseñor López Rodríguez.

Verán también como actuó en defensa de su país Polonia, en momentos de serias dificultades.

Su valiosa intervención mediadora en la más grave crisis político-militar entre Argentina y Chile por el paso de las islas de Beagle en el Polo Sur.

Cómo enfrentó el imperio soviético hasta su derribamiento; cómo apoyó su pueblo en protesta permanente contra la dictadura que lo ahogaba; como enfrentó a Pinochet y su régimen militar; como habló con Fidel Castro en su visita a Cuba; como condenó a Estados Unidos cuando su ataque a Afganistán, después de las declaraciones de la Naciones Unidas.

Cómo apoyó el régimen surgido en Rusia después del derribamiento de la doctrina, que la dominó por cuatro décadas.

Además, su histórico viaje a Tierra Santa.

Vivimos igualmente con cuanta atención escuchaba los diplomáticos en sus diferentes reuniones o al término de algún concierto que le eran tan suyos, ya fuera en el Palacio Apostólico o en la Sala Pablo VI.

Acostumbraba a reunirse con diplomáticos, se reunía con sabios, científicos e intelectuales escuchando sus diversos pareceres.

En fin fue un líder mundial, en búsqueda de justicia y equidad, con una visión universalista como ningún otro dirigente de nuestra Iglesia en sus 2.000 años de existencia.

Ese fue San Juan Pablo II, un hombre de nuestros tiempos y una grandeza inconmensurable.

Por todas esas acciones y sus milagros entre los que resaltan el de la Monja francesa, Marie Simón Pierre, quien

asegura en testimonio publicado por el Observatore Romano, periódico vocero oficial del Vaticano, que ***fue sanada del Mal de Parkinson después de pedirle con gran fe su sanación***, igual que la señora costarricense Floribeth Mora quien afirmó igualmente haber sido sanada de una grave enfermedad cerebral de la que había sido desahuciada por los ***“médicos que admitieron no podían hacer nada y me dieron un mes de vida”***, como ella misma confesó, por esos milagros y otros que irán apareciendo fue elevado a los altares, lo que el mundo había pedido desde su partida.

Verán igualmente como el destino guió sus pasos en este mundo.

San Juan Pablo II dejó en su vida una huella imborrable, al haber sido el más grande defensor de los valores que le dan sentido a la vida y que forman parte del patrimonio de la civilización cristiana.

San Juan Pablo II fue un espíritu de luz.

Glorias a su nombre.

Muchas gracias.